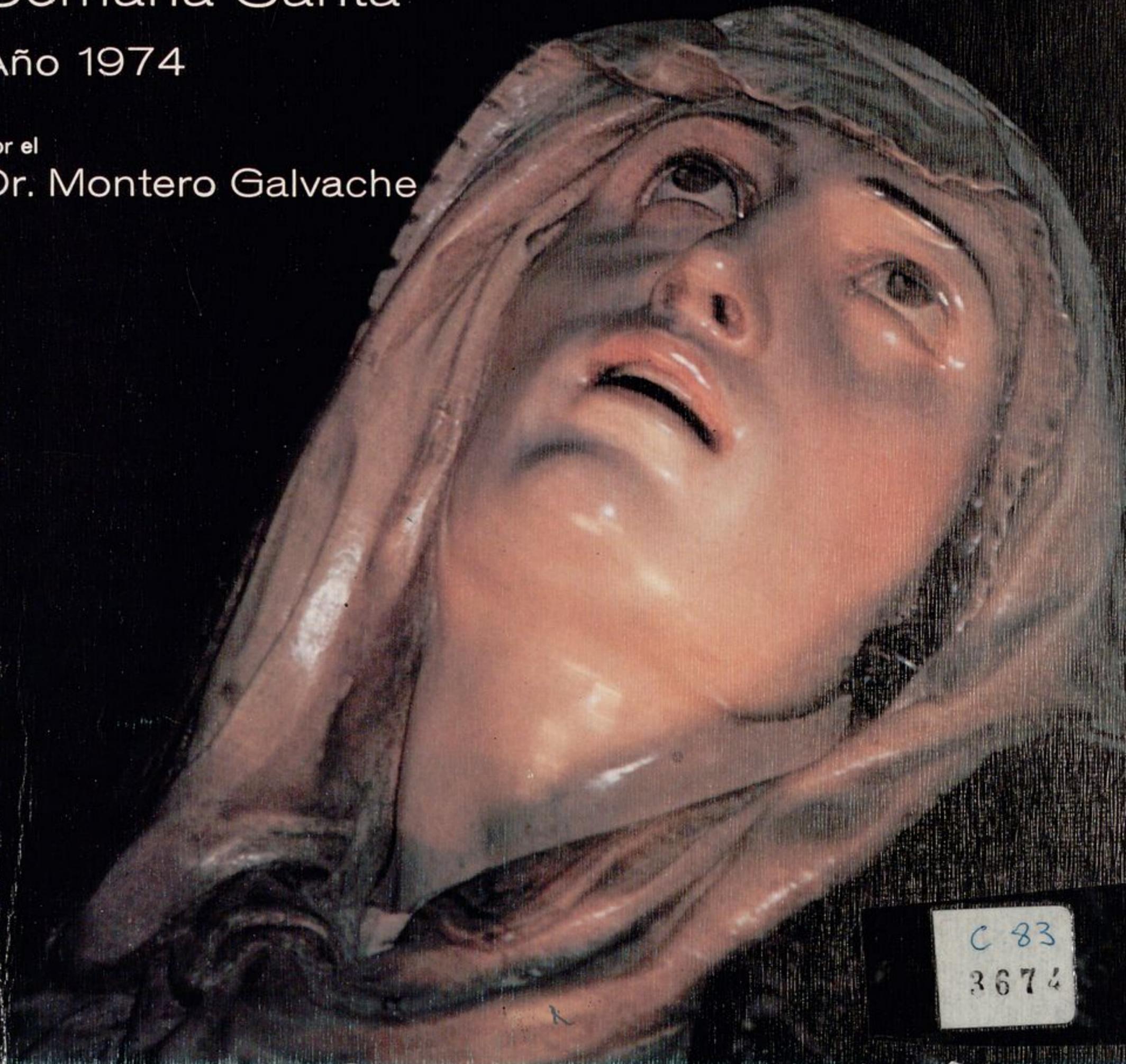


Pregón de  
Semana Santa

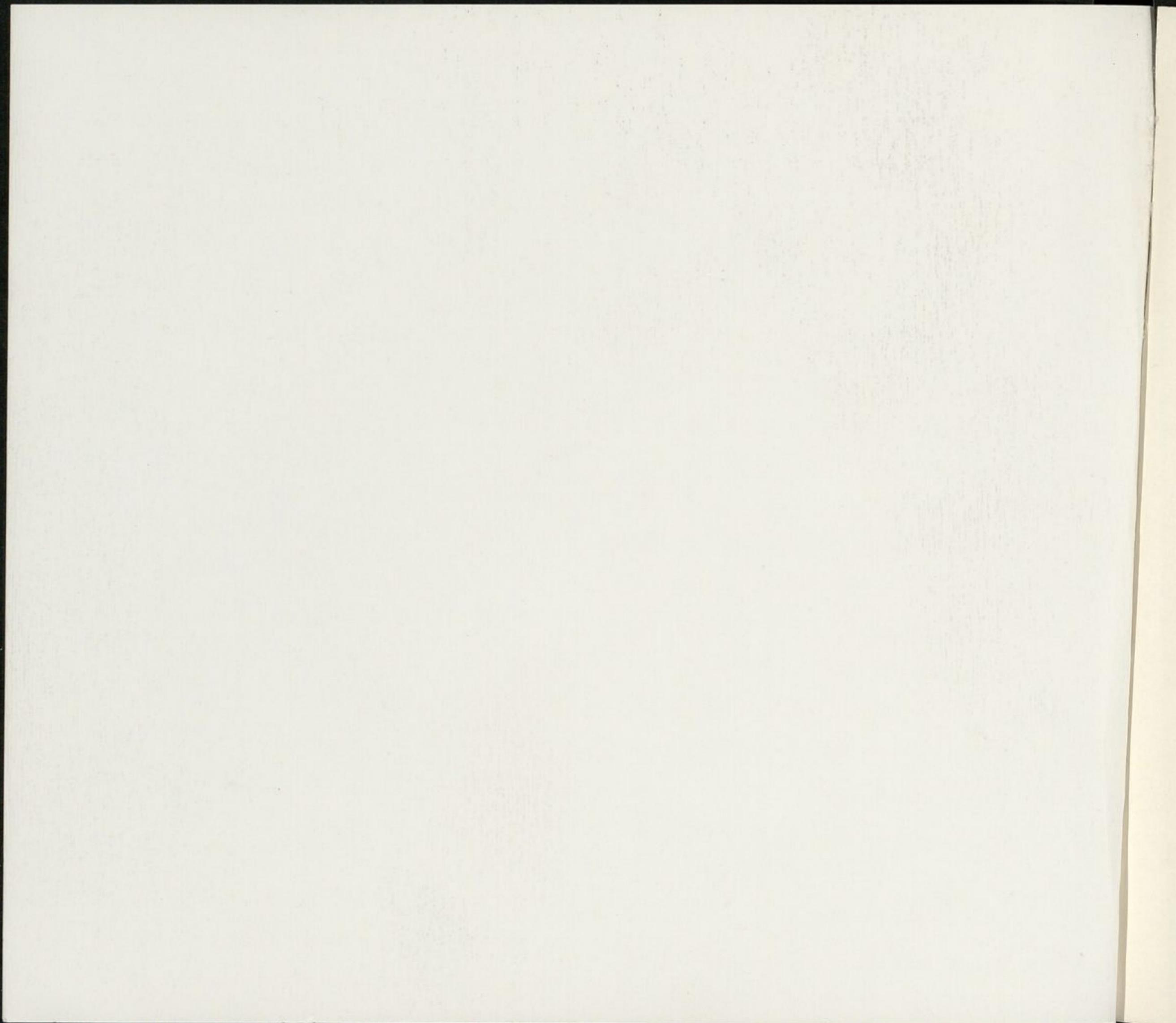
Año 1974

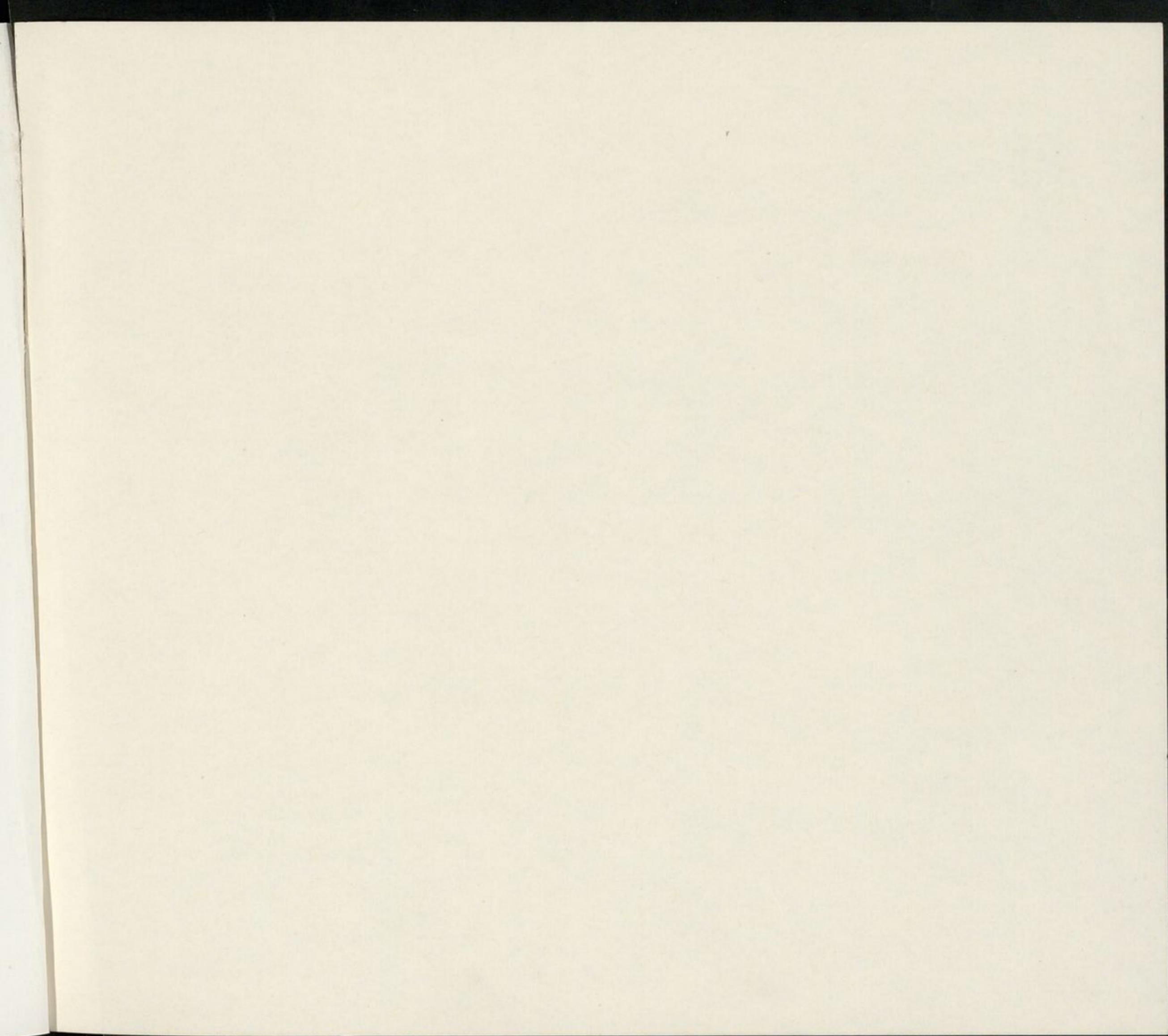
Por el  
Dr. Montero Galvache

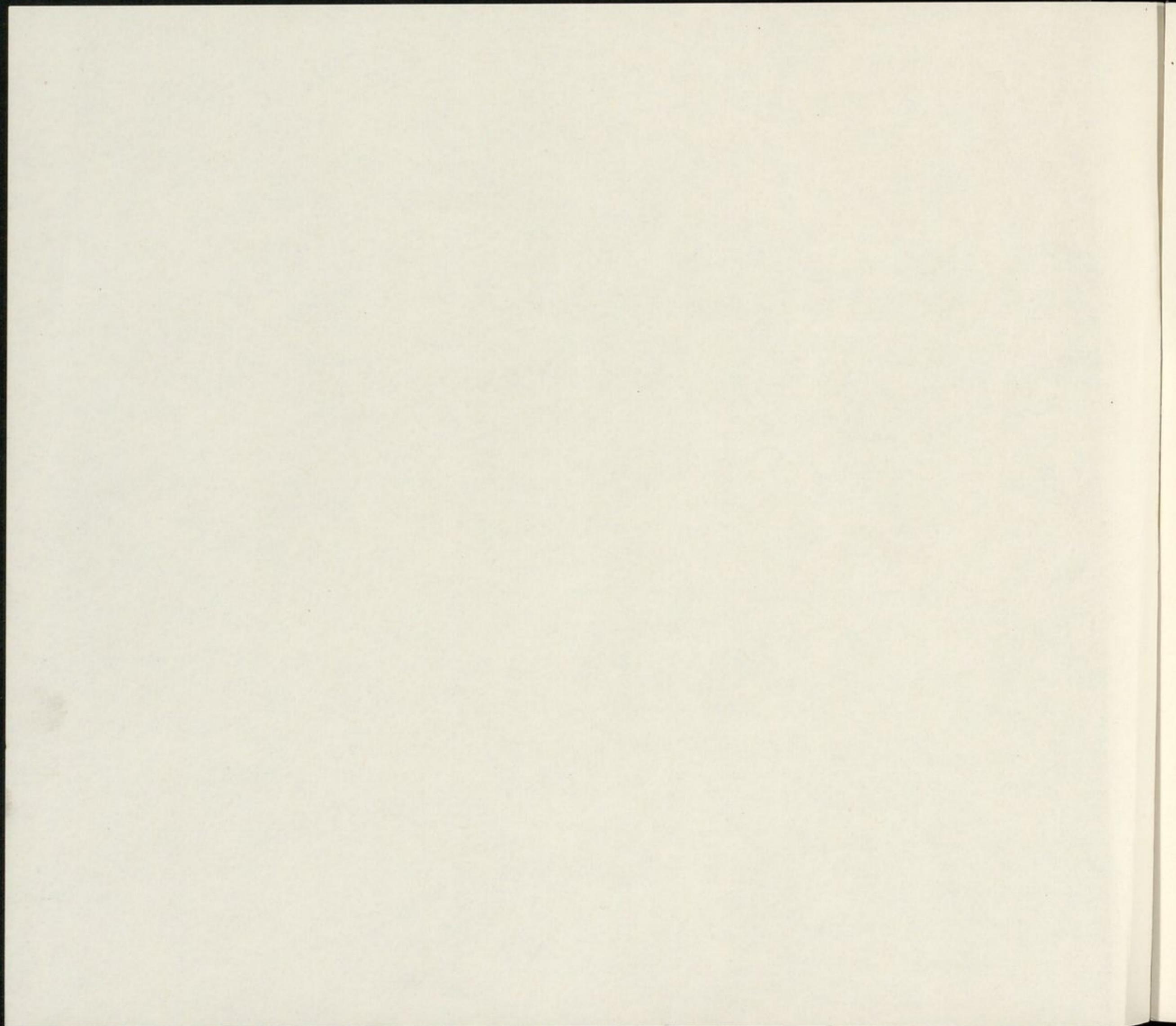


C 83

3674

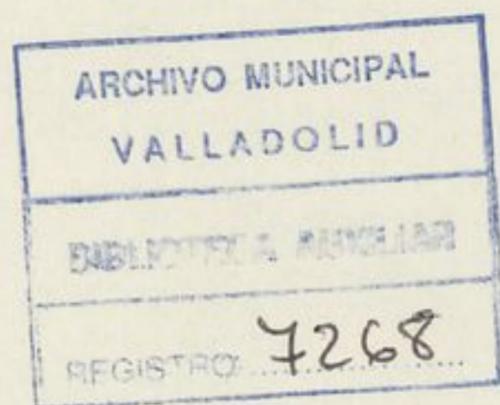






Pregón de  
Semana Santa  
Año 1974

Por el  
Dr. Montero Galvache



ARCHIVO MUNICIPAL



1164658

C. 83 - 3674

Edita: Ayuntamiento de Valladolid

Composición: Gráficas Lafalpo

Maqueta: Servicio de Información y Publicaciones

Imprime: Unidad Reprográfica Municipal

Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Arzobispo,  
Excelentísimo Sr. Gobernador Civil,  
Ilustrísimo Sr. Alcalde,  
Representaciones, Señoras y Señores,  
hermanos todos en las Hermandades de Penitencia de Valladolid:

Permitidme que agradezca, aún cuando sea brevemente, las palabras de presentación que ha tenido el Sr. Alcalde la amabilidad de pronunciar, abriendo así ese clima maravillosamente recogido en esta Capilla excelsa, que Eloisa de Wattemberg dirige, como veis, en el acorde preciso en cada espacio, con la emoción total de contener tantísima devoción y tanta hermosura.

#### I. ALEGRIA GADITANA A NUESTRA SEÑORA

Con la compañía inestimable, de Juan de Dios Silva, que tanto conoce también el marianismo de mi tierra gaditana, he ido viendo la inefable gloria imaginera de Valladolid, sus calles tan llenas en sus silencios y recatos de la nobleza castellana, sus templos... Junto a él, y dentro de mi devoción por la ciudad, iba alentándome una prosa, para mí antológica, de Francisco Javier Martín Abril, en la que muy airosamente, y con

razón, señala las dificultades de conocer Valladolid no entrando largo tiempo en su "profundidad". Porque las tierras tienen, como él donosamente dice, "su busilis", su secreto y su clave y hay que ir a él con el alma a los ojos.

Por esos ritmos martiabrileños, Valladolid se abre a todo viajero. Pero hay que encontrar la puerta de esos "busilis" que nacieron de unos quiebros urgentes y dieciochescos del latín, que tienen allá por la Andalucía Baja carta de naturaleza casi flamenca. Los "busilis", es decir, los secretos o claves de las tierras, empiezan a dársenos cuando entramos en los grandes temas de su espíritu. Yo sé —por supuesto— la dificultad que lleva en sí captar, y en una síntesis todavía más, la inmensa categoría histórica y artística de una tierra, que toda ella es columnaria de los valores espirituales de España.

Ya desde su nombre, Valladolid —valle de olivos, como aroma de sagrario— convoca con una extremeceadora grandeza. Ese nombre símbolo cuya españolidad acrecentó —¿qué decirnos?— el isabelismo luminoso en la encastillada Medina, o en la gala almenada de Olmedo, o en los linajes que guardan las entrañas documentales de Simancas.

Ese nombre, izado a gran historia en el señorío fundativo del Conde Ansúrez, con testimonio en esas torres de la Antigua por las que crece el mar avemaría de la ciudad, como alabando, en la noche, el mástil centinela del Corazón de Jesús, encendido bajo la armonía de las estrellas, o acrecentada historia que tiene raíz unificante en Vivero, bajo la alegre primavera que uniría a los más altos reyes de las Españas.

Sé, que acerco mi palabra, para suerte mía, a un "vallisoletanismo" cuya anchura repica su nombre por mucha tierra del mundo, desde esa lucense de Puebla de Arrollón, devoción de España, entre tantas, a la Ayunjan filipina que redondea su proyección hispanista.

Sé, que viene mi palabra, ahora, en esta monástica capilla, a esa maravilla de pórtico donde Siloé hizo de los símbolos unidores “ángeles vendimiando” un vino histórico de castellanía y lealtades, y la acerco a esas auras románicas del Tempo de Ceinos de Campos, o esa permanente evocación de la pluma de Fray Luis, que aquí tuvo celda y silencio, acaso grabando, porque la pluma también es gubia, aquella “Guía de Pecadores” por las que levanta el corazón todo ambicionado vuelo de espíritu, y sé que estoy en la tierra universitaria, artística, literaria, plumas todas que habrían de tener cumbre en Miguel Delibes.

Quisiera yo poder tener a mi bordo ese “secreto” que glosa Martín Abril, claro que sí, porque Valladolid, en cada paso de sus calles, en cada ángulo de su maravilla, requiere el detenimiento de la palabra, a la que convoca para el cabrilleo del asombro. Si esta imposibilidad del buen conocer en cambio, la misma prosa, en su rigor, sí pero ya con apertura mariana —que la tiene de un modopreciado— canta ante las Angustias su “eco de muchas salves” y a ella me confío en filial homenaje a estas imágenes que nos asisten, quiero entrar, por la vía dolorosa de mi pregón, evocando aquella presencia en Sevilla de Nuestra Señora, junto a la devoción del Jesús de la Pasión, de Montañés, y que Valladolid envió para que los vallisoletanos residentes en aquella tierra tan mariana, tuvieran, en imagen viva copia, la mediación constante de la Virgen bajo cuyo patronazgo nacieron.

Campañas sevillanas y de Cádiz, quiero ofrecer a la Capitana, que ahí, en Santa Ana, cuidada por ese ejemplar corazón apostólico del Padre David Sánchez, aguarda que otra vez su casa levante muros, espadañas y altares, con San Lorenzo a su proa, y vuelvan allí a conmoverse los azules de la Natividad de septiembre, Sevilla y Cádiz conmigo, azul giralda y azul mar, vienen a este “azul absoluto”, creador de cielos y de rumbos, y haciéndose avemaría marinero, toman sus rumores de la bahía

y se los ofrece según los ritmos de esa copla entre salada, a lo Alberti. y dorada, a lo Giotto— que así son los grandes misterios de la transparencia mariana— y que llamamos allí “alegría” cantándola al Carmen y al Rosario. Y con ellas como izamiento de espeinelas, permitidme que a Nuestra Señora, mi palabra se acerque a decirle:

Mirando a las Tres Marías,  
la Estrella de la mañana,  
la fe vallisoletana  
les canto por alegrías;  
y tantos avemarías  
de la copla le brotaron,  
que las cuatro se abrazaron  
cuando en San Lorenzo vieron  
que en gozos se convirtieron  
las flores que le cantaron.

Las flores que le cantaron  
gaditanísimamente,  
vallisoletanamente;  
y las estrellas gozaron  
de tal modo, que soñaron  
que el cielo así le decía  
a toda su angelería:  
—¡Por Nuestra Señora, oíd!  
¡Cádiz y Valladolid  
le están cantando a María!

Le están cantando a María  
Cádiz y Valladolid.  
A todo vuelo salid,

celestial marinería,  
y decidle a la alegría  
que la sal navegadora,  
que están unidas, ahora,  
la fe vallisoletana  
y la salve gaditana,  
cantando a Nuestra Señora.

Esto fue lo que soñaron  
que estaba diciendo el Cielo.  
Y por eso, en el consuelo  
de la Virgen, se abrazaron  
las estrellas y lloraron,  
cuando, azul y mariana,  
la fe vallisoletana  
les cantó por alegrías,  
¡mirando a las Tres Marías  
la Estrella de la mañana!

La Estrella de la mañana,  
que en la tierra o en el mar,  
nunca se quiere apagar  
aunque el sol toque a diana.  
Por eso es la más temprana  
en saludar a esa aurora  
de gracia consoladora  
con que a la Virgen María,  
Valladolid, cada día,  
ALUMBRA A NUESTRA SEÑORA.

## II. ORACION A LA MADERA TRANSFIGURADA

Todo está disponiéndose para que esa oración —patronal cada día en Nuestra Señora— se haga manifestación pública. Dice Cossío: “Ya las Iglesias, decoradas y llenas de altares, con retablos e imágenes, han de lanzar éstas a la calle. Plástica viva la estatuaria...”. Acabo de leer en la obra reciente de Delfín y Cantalapiedra: “Parece mentira que bajo esa piel, la madera, no corra la sangre...”. Cristos y Vírgenes van a cruzar Valladolid izando en sus calles el Dolor. Esas calles que hacia arriba, como campanilleando la Pasión, se llaman Santa María, Angustias, Madre de Dios, Santa Cruz, Paraíso o a ras del suelo, por donde la vida es cada día jubilar estallido de criaturas, que se llaman Verbena, Alegría o de la Niña Guapa, porque la ciudad se recrea en el gozo que los cielos le regalan.

Plumas ilustres y palabras maestras glosaron el arte imaginero que labró la Pasión de Cristo, desde el Bautismo cegador de advenimiento o el Ecce Homo de Gregorio Fernández, al Cristo del Perdón de Tudanca; desde el retablo de San Benito, increíble cabeza mirándose la herida del costado, a la que Berruguete diera casi una sonorización de la santa agonía, al entierro preciso de Juan de Juni. Sí. ¿Para qué hablaros de lo que está en vosotros con tan entera y habitual plenitud de emoción? La palabra no viene a cantar lo que ya está cantado aun cuando todo ya lo esté.

Yo quisiera detenerme, por su transcendencia creativa, en esa exhaustiva merced que tiene Valladolid como sobrenaturalizador de la madera. Porque todo, en la Redención, todo en Nazaret, como todo se había aromatizado en el pesebre. Más todavía. Madera en la mesa del pan nuestro de cada día, en el que Jesús iba creando la Crucifixión. Madera institucional en la Cena como primera ara de Dios Vivo. Madera en

el Huerto y rica y preciosa madera de olivo, la veta nuncio de la lámpara de la prudencia. Madera la Cruz, larga, infinita madera, instrumento de la Muerte. Santo Madero se le llama. Hay que detener el corazón ante ella. De buena madera, madera de santo, dice el pueblo, cuando quiere señalar la jerarquía bienaventurada del hombre capaz de pureza.

Delfín y Cantalapiedra señalan, con castellano norte: "La escultura de Valladolid tiene por materia el pino, por abundancia, blandura y consistencia". "Pero no cualquiera", dicen. Mucho he pensado en ello estos días, es verdad, los mismos pueblos donde fue buscada dicen muchísimo en esta sobrenaturalización de la madera, Pinos de Cuéllar, la aldea segoviana, casi a mano de Peñafiel, es como una diminuta Jerusalén, con ciudadelita y murallas, en alto el castillo como una estampa bíblica.

Madera noble como la de Valsaín, la tierra donde naciera la más bella y gentil novia de Europa, Isabel Clara Eugenia, tierra del pino albar. Madera de Traspinedo, realengo y abadengo, cuidado para la escultura por el cercano rumor del Duero, señorío de Violante, como un endecasílabo de Lope, porque casi podría decirse:

"Una Piedad me manda hacer Violante  
y en mi vida he tenido tanta pena".

Padría decirse, sí. Madera, Pinar de Onyalvilla, la candeal, cantando eso de:

Pastor que estás en la sierra,  
comiendo pan de centeno,  
si te casaras conmigo,  
lo comieras blanco y bueno.

Pinos para los dolores de Jesús y María, dicen los botánicos que son muy resinosos. ¿Será que lloran? De corteza adentro todos los colo-

res en ellos, como si estuvieran hechos para acompañar la Pasión bajo los colores de todas las túnicas posibles: verdiazules, verdinegros, amarilloverdes, pardioros...

La última resina, es curioso, la que apenas puede ya salir de puro muerta, se llama "resina de violín". No cabe finura mayor. ¿Es que cantan, dulcemente, a su modo, en el campo, el Mesías de Haendell.

Crucíferos pinos castellanos, para la imaginería de Valladolid, dice el adagio: "Como el pino que siempre está llorando", y el latín dice: Que viene de "pennus", lo derecho, lo puntiagudo, como si tuviere vocación de penitente puntiagudo. ¿Y las campanas?, que se dice de ellas: "Tocadlas a pino", cuando van a ser lanzadas en redondo, a gracia y vuelo de repique. Pinos labrables, temblor de vísperas de Cristo y de María. Pinos transidos, consciente de la santa inmolación del modelaje, abriéndose a las gubias como en una entrega viva, forma de candelabros las ramas, pretura de ramos de flores, a veces de manos abiertas a los clavos. Es lógico que tengan esa tensión y habitabilidad, porque están vivos por la Redención, yo creo que sí, yo creo que tienen sangre; por eso tiran tanto del alma que les reza cuando están arbolados en figura santa, es decir, que hay en ellos una transfiguración sobrenaturalizada, quitéseles y nada quedará para el amor, aun cuando tuvieran la misma plenitud escultórica.

Nadie rezaría a una Madera que no fuera señal de la otra Vida, Madera santificada en el dolor hasta el prodigio de hacerse reliquia. Madera para el Huerto, o la Quinta Angustia o el Nazareno o el Azotado o el Yacente.

Bendita sea, Señor, esa madera  
en la que tus dolores esculpieron  
gubias que, por amarte más, la hirieron  
hasta encontrar la sangre imaginera.

Bendita la fragancia pinarera  
con la que Tu hermosura detuvieron  
esos mortales ángeles que dieron  
a tu Cruz permanente primavera,

Bendita sea Tu noche mediodía,  
Arbol Imagen, por quien no es oscura  
esa desolación de Tu mirada.

¡Bendita sea, Señor, esa Agonía  
que nuestra vida en gloria configura,  
más vivamente cuanto más tallada!

Más vivamente cuanto más tallada  
a golpes de dolores, nuestra vida  
aprenda en tu tristeza dolorida  
el amor de la vida golpeada.

Aprenda esa ternura desbordada  
de tu conformidad en cada herida,  
esa delicadeza trascendida  
de Tu gloria en la muerte anticipada.

¡Todo el amor en Ti ya está varado,  
resina santa, sangre imaginera,  
alerta de los buenos sufridores!

¡Bendito sea el dolor en Ti tallado,  
vallisoletanísima Madera,  
Hurra celeste de tus escultores!

¡Hurra celeste de los escultores  
—Gregorio, Juan, Alonso... a toda escala

tan en la Cruz que nada se te iguala  
en ángeles, en glorias o clamores!

¡Maderas como labios rezadores,  
no se sabe que aroma nos exhala  
vuestra oración, por la que tiene ala  
la tristeza de todos los dolores!

¡Llevadnos a la luz, que, prometida  
tenéis, sin duda alguna, en los labrados  
vivos de vuestra fe **transfigurada!**

¡Madera en puro cielo convertida,  
silencios en la Cruz **resucitados**  
por haber sido sombra **sepultada!**

Por haber sido sombra sepultada  
eres, árbol, madera que, infinita,  
permanece, y que nada te limita  
porque en Cristo y María está labrada.

Valladolid, madera arrodillada  
que a golpe de abediencia resucita,  
esculpida oración en la que habita  
la criatura en amor transfigurada.

¡Enséñame a ser tuyo de manera  
que tu deslumbramiento, a mí agonía,  
la de todo el empuje de tu vuelo!

¡Valladolid, Belén de la madera,  
Gólgota imaginero en que María  
y Cristo nos levantan hasta el Cielo!

### III. PALMAS NIÑAS PARA UN ROSARIO DEL DOLOR

A mí me gustan mucho las palmas floridas del Domingo de Ramos, como si botánicamente, la tierra dijera también: "Dejad que se me acerque los niños". Me gustan desde que un día escolar, ciñera a mi mano la primera palma procesional, juntos a Jesús, allá en la mar del Puente Mayor, por Algeciras, donde otro día, ya hombre, tomé su mar, y lo hice vivir en una novela mía.

Textos litúrgicos dicen: "Al entrar en la ciudad Santa, los niños hebreos profetizaban la Resurrección de Cristo".

Cielo y aire de hossanas en Valladolid. Mañana rubia, alta, como si llegara la luz hasta el mismo cielo, una diáfana asunción de la luz. Dorada la mañana. Una doración tan preciosa aquí, que hasta teneis una calle, de la **Fuente Dorada**. ¿Agua de trigo fluvial o marinero?. Fuente Dorada las palmas niñas del domingo. Benditas quedarán cuando en la Catedral se alcen hacia ellas las manos arzobispales y les dé el avante templario y alegre de la procesión catedralicia.

Así que haga sonar el "Angelus" su maravilla de camalas, será jardín de niños de la calle. Llega Cristo en su tronillo juanramoniano de la Borriquilla. La mano divina en alto, como una flor brotada de la túnica, y la mirada hacia abajo como si El mismo, pensara, un momento, que tanta inocente compañía amurallarán los aires sombríos de la muerte que van a llegarle... Mientras, la cabezuela del asnillo acompañante, retozará a los pies del Maestro. Velillos blancos, puros y cándidos a los ojos, puras las manos, de las que irán alzándose las palmas hasta doblarse en arcos de bienvenida. Por Cascajares o Regalado irá navegando su paz, como la liturgia ha pedido, y virará por Santiago, hosánica, hacia Fuente Dorada y Platerías, rumbo a la Vera-Cruz. Allí en el balcón, el Prelado, reiterará la bendición de la mañana, pero ahora no será para las palmas, sino para

los palmeros niños, la dulce vida que empieza y en ellos los versos de San Nicolás de Francia:

¡Qué bonitos son, cantándole,  
derraman en alfombras por el suelo,  
pimpollos de laureles y de sándalo!

Luego tendrá la tarde un repique de alerta, precisamente en este Santo Cristo de Laguna, con un poniente al que dará, en su traslado recogimiento, la Cofradía de las Siete Palabras, en signo de que el dolor se acerca y las palmas no podrán con la herida de Cristo...

Pero el lunes todavía arderá, litúrgicamente, la claridad palmera como un leve eco del salmo que dice: "El Señor es mi luz en el país de la vida". Pura alhaja la oración. Y esa tarde ya en la fimbria de la noche, aleteante ya la sombra de la Santa Vera-Cruz, flotará la flota dolorosa de los navíos ascéticos del dolor en su Rosario, ¡qué bien llamado va, Rosario del Dolor!. Por el exacto orden de la cena, se diría Huerto, Flagelación, Espinas, Cruz auestas, Crucifixión, es decir, los misterios cerrando sus alas para que el dolor se concentre todo en la Via Sacra y con santísima lógica, la Dolorosa de la Santa Vera-Cruz con ellos.. Se detendrá ante la Antigua, ante los siglos, bajo los arbotantes, bajo el alto silencio de las cuatro agujas tejaderas de su torre, en testimonio de que la oración castellana de Valladolid reitera la fe de Ansúrez, la fe de siempre; allí el segundo misterio flagelador, según la sangre de Cristo, que la primera brotó, purísimo sudor transido, en el Huerto y orillando la Universidad, por Arribas, en la Catedral recibirá el aura edificante de la Orden Tercera, con el espíritu que le diera hace siglos en Italia, al fundarla Felipe Benicio.

Verde oliva del olivo vallisoletano en la ofrenda del cáliz como fulgor de oro recogerá la mirada de Jesús. Sobre tiernos granos de claveles

el Azotamiento, y en la noche, el perfil agosto, la flagelación briosa y decididamente volcada en la espalda divina, y las ofrendas estacionales del Santo Sepulcro, de la Sagrada Cena, entre estos versos consoladores de Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña:

“Sangre que me revive y que venero  
que me labra en los pulsos y me obliga”

Así irá la ternura del Rosario del Dolor a la Vera-Cruz para que allí la Virgen consuele al Hijo con la bellísima y votiva salve de la vida vallisoletana, entonces la palabra del pregonero tiene que hacerse ofrecimiento, súplica, sentido acorde de exhortación:

La Procesión de las Palmas,  
río de hosannas y candor,  
por la Santa Vera-Cruz  
ha oscurecido su sol  
en el mar de la amargura  
del Rosario del Dolor...

La mañana rubia tiene  
no se sabe qué sabor  
de colegial alegría,  
niñas la gracia y la voz.  
La mano del Arzobispo,  
en la Catedral trazó  
una cruz que fue en el aire  
paloma de bendición.

Velillos blancos tenían  
a las brisas por timón,  
mientras las palmas, en alto,

doblaban su doración  
en arcos de bienvenida  
para que pasara el Sol.

Cuando viró por Santiago  
junto a la Plaza Mayor  
no se sabe con que fina  
reverencia en la oración,  
Valladolid se miraba  
en la dulce procesión  
porque iba la ternura  
—gentil escolta de Dios—  
custodiando en el asnillo  
el paso del Redentor.

Y en la Santa Vera-Cruz  
después de la bendición,  
se fué esparciendo el aroma  
como temiendo al dolor...

La Procesión de las Palmas,  
río de hosannas y candor,  
por la Santa Vera-Cruz,  
ha oscurecido su sol  
en la mar de la amargura  
del Rosario del Dolor...

El Cristo de la Laguna  
su alerta de pena abrió  
entre las Siete Palabras  
de su traslado de amor.

Liturgia del lunes santo  
le llama Luz al Señor.

Y por la noche no tiene  
Valladolid más timón  
que esa trémula palabra  
—dolor, dolor, dolor...

De verde oliva, en el Huerto  
bajo el Cáliz, la Oración  
Cubierto de azotamiento  
la Santa Flagelación.

Espinas de amarga muerte  
le dan su coronación.

La calle de la Amargura  
para la Cruz del Amor,  
y en el silencio del Gólgota,  
ancha tiniebla sin sol,  
todo el cielo, ya clavado,  
sobre la Crucifixión.

Y la Virgen Dolorosa  
—trémula de dulce adiós—  
dándole escolta de llanto  
a Cristo, mientras su amor  
va recibiendo la salve  
que le cantan, a una voz,  
sus cofrades penitentes  
como si en una asunción  
Valladolid levantará  
su fe a la Madre de Dios.

¡Seis navíos dolorosos  
a su babor y estribor,  
avante de toda pena,  
sus seis anclas penitentes  
fondearon bajo el sol  
de la mediadora gracia  
de la Madre del Dolor!

La Procesión de las Palmas  
río de hosannas y candor  
por la Santa Vera-Cruz,  
ha oscurecido su sol  
en la mar de la amargura  
del Rosario del Dolor!

#### IV. CAMINO DEL CALVARIO A LA PIEDAD

¿A qué nos lleva ese Rosario del Dolor?. Porque junto a la maravilla imaginera de Valladolid, lo que más atrae y conmueve es el rigor con que se va, en su Semana Santa, en orden paralelo a la Pasión. Lo quisiéramos en las tierras andaluzas, ese orden a pie textual de la Iglesia. ¡Yo le quiero proclamar aquí!. Grave y hondamente, como es el espíritu procesional vallisoletano. Hay un versículo en la liturgia del martes santo, pórtico de su evangelio del día, que dice: "Fué llevado a la crucifixión como manso cordero a la matanza". Y una antifona del miércoles, a su entrada y cierre esa mansedumbre: "Se rebajó hasta someterse a la muerte, y muerte de cruz". Luego los dos evangelios coinciden en la misma tristeza divina. Juan y Mateo lo recogen tiernamente: "Uno me va a entregar", y dice Judas: ¡acaso yo, Maestro?. Así es, No dice más Cristo. Valladolid, en su línea de rigurosa catolicidad, alinea esos días, su respuesta, como diciendo: "No queremos tu muerte, Señor" como agregando: "Y si conmemo-

ramos tu pasión, es porque amamos los instrumentos con que nos salvasteis". Por eso, el **Martes** será todo ENCUENTRO. Bellísima palabra, a nadie le será difícil captar todo lo que debió ser el de María y Cristo: póngase la mano en el corazón cualquiera que sepa lo que es el amor de padres e hijos.

De San Andrés saldrá camino del Encuentro, la Hermandad del Despojo, raíz obrera y joven que ahora cumple sus treinta años de vida procesional, fundada —los signos y las cosas no surgen porque sí— justamente la víspera de la Pascua, el día en que estrellas, pastoras y ofrendas, recibían a Dios Niño, en aquella gracia angélica de Belén. Nació sin nada. Se ha recordado en estos días aquella carta, abierta, pura y sencilla, con que preguntaban sus nacientes cofrades, a un negocio textil de Barcelona "cuánto valían cien metros de tela", para las túnicas iniciales. Y, amigos: ¡qué nombre! El **Despojo** de Cristo. y ¡qué imagen!, esa maravilla en la que Claudio Cortijo, apenas abierto el siglo XIX, expresó para siempre, con manos interrogativas, si era posible abandono mayor en Quien es dueño de todo.

Saldrá con el "Camino de la Cruz", "Camino del Calvario", por Mantería y Cruz Verde, hacia la grada expectante de la Plaza de la Universidad, a la que llegará María de las Angustias, a rostro descubierto como testimonio, sí, respuesta Valladolid a la inquietud de Cristo, vertida a la liturgia de estos días.

Frente a frente el **Encuentro**. Las bulas de Paulo III con Ella: las viejas fiestas de la Señora en los lejanos **Marzos** devotos: las disciplinas testimoniales hablando desde sus reglas iniciales. El sabor callejero de cuando eran Angustias Viejas, la **Torrecilla**. La precisión amorosa por "componer la cera" o "contar la luz", panal vivo la cofradía bajo su terciopelo **morado** y sus cíngulos de sangre.

Cuando se miran hondamente, por la Universidad, la procesión voloverá al templo y una **salve** levantará en el aire su arco florido y coral. No dirá Valladolid: "No te traiciono, Señor. Yo no haré sino evocarte en tu Pasión y recibirte en tu continuidad y presencia eucarística".

Pero seguirá, insistentemente, esa réplica fidelísima, casi a la medianoche, la Peregrinación de la **Promesa**, irá saliendo en procesión del **Atado a la columna**. No sólo no se le traiciona, sino que se le vive en el azotamiento. Dos nombres españolísimos, limitan el recorrido, Las Platerías, artesanía joyal, capaz de hacerlo todo por honra a María, y la Plaza del Pilar, la Pilarica del Ebro, también columna tatuada de salves y promesas. Siguen unidos símbolos y nombres como una cadena viva. La gracia congregacional ignaciana con ellos, los Kotskas, a mí personalmente, que lo fuí allá en la mar azulada de Almería, me trae la devoción anchos recuerdos **oriazules**.

En la Columna, en el Cristo un estremecimiento: las manos atadas sobre el capitel, estiradas, trémulas, pero haciéndonos ver, lo que serían aquella noche, horas antes, instituyendo la Comunión, dándose en pan angelizado, transustanciación de la vida, que sin ella caería, como decía San Agustín, cuando se retiraba al silencio del sagrario, promesa del **silencio**, clave de la oración interna de la vida interior.

Túnicas **blancas**, capas **blancas**, pero, súbito en capuchones y cíngulos, la esperanza de esos azules que dejan como adivinándose la gloria **Inmaculada** del cielo. Sí, porque amamos los instrumentos de la Pasión, de la Cruz, de la Muerte. Ahí en el **Vía-Crucis** de la Plaza de España.

Con el Arzobispo a la cabeza. Las catorce estaciones abiertas. Hay que cruzar la vida como Dios lo quiere: y allí estará el **Nazareno**. Hay que morir cuando Dios lo diga, valerosamente. Y ahí está la Agonía. Luis, Sangre, Ordenes Terceras, dando frente a la Plaza. Al otro frente, la

Cena, el Perdón, el Huerto. Y las dos grandes veras del sufrimiento montando guardia invariable. A una, la Vera-Cruz, la Exaltación, el Descendimiento y al centro, una vez más el gran alerta: el **Camino del Calvario**. Y en la otra, las Siete Palabras, el Yacente, el Sepulcro, la Agonía y al centro, la Piedad. Porque pasando el Vía-Crucis y rodada lentamente la tarde del miércoles, como a la medianoche, saldrá la **Piedad** de San Martín, Piedad de las salvas sabatinas. Los hábitos negros, porque Cristo se oscurece y tiene que ir a la Muerte. Los símbolos pasionistas crecen, y se hacen bordados de cruces y escaleras, esas por las que todas primaveras como decía Machado "quiere subir a la Cruz". **Piedad** en los hachones. **Piedad** en la Quinta Angustia.

En la constelación de sus catorce estrellas abriendo el cielo en su cabeza celestial. **Piedad** en las manos que se abren desoladas mientras sobre su pierna santa Cristo reposa el desmayo de su Brazo. **Piedad** en la cruz grabada a flores en el **paso**. **Piedad** por todo: por la santidad, por la sabiduría, por las calles heroicas e insignes, desde Covadonga a San Quintín, por los órdenes españolas en la Chancillería. Itinerario de la **Piedad** en esa **Quinta Angustia** de las Descalzas Reales a las que Gregorio Fernández, hace tres siglos y medio, diera esa tromba de dolor que en sus Manos parece decirnos que si "es posible también pase tantísima tristeza".

De San Andrés, al Encuentro,  
va, con santa penitencia,  
la Cofradía del **Despojo**,  
las cabezas descubiertas,  
artesano el sentimiento  
de su fundación obrera,  
fieles a la maravilla  
de la desnuda tristeza  
que logró Claudio Cortijo

en la despojada **pena**,  
donde el Santísimo Cristo  
bajo la mirada lleva  
el silencio entre sus manos  
como lección de su entrega.

¡Para merecer la Cruz  
penitencia, penitencia!

El Camino del Calvario  
abre su cruz nazarena  
por Mantería y Cruz Verde  
y entre las túnicas rojas  
y las capas color crema,  
Valladolid, por la brisa,  
piadosamente le reza.  
La Virgen de las Angustias,  
desgarradísima, sueña  
con el Sol de Nazaret  
muerto en la dura tiniebla.  
Las espadas de su pecho  
con siete rosas de pena  
buscan los pies de Jesús  
que en el Vía-Crucis se queman.

Para merecer la Cruz,  
¡penitencia, penitencia!

Morados, los terciopelos  
de las túnicas, ondean  
un penitente arrodillado  
bajo sus mejillas trémulas.

Cuendo se ve que no pueden  
contar el dolor que llevan.  
y cuando acaba el Encuentro,  
por el mar de la Tristeza  
que a Cristo y María ahogan,  
una salve los alienta,  
como una vela en el aire  
amargo de su marea.

Para merecer la Cruz,  
¡penitencia, penitencia!

De la Santa Vera-Cruz,  
amor que el dolor silencia,  
pergrina en la Columna  
el cáliz de la Promesa.  
Rumbo va a la Pilarica  
su española penitencia.  
Las Manos del Cristo tienen  
atadas palmas y penas.  
No se sabe, cuando mira,  
adonde sus ojos llegan.  
Congregantes ignacianos  
lo acompañan y le ruegan  
que entre sus manos atadas  
ate también sus promesas.

Para merecer la Cruz,  
¡penitencia, penitencia!

Será Vía-Crucis la Plaza  
de España y su penitencia,

con las catorce estaciones  
ante la oración abiertas,  
de la Agonía al Nazareno  
como brújulas ascéticas  
irá diciendo ese rezo  
que lleva en la vida eterna:

¡Para merecer la Cruz,  
penitencia, penitencia!

A un lado, sobre la Plaza  
levantarán sus banderas  
los Luises y la Sangre  
con las Ordenes Terceras.  
Y al otro estarán izadas  
la Vera-Cruz y la enseña  
de la Exaltación y el alma  
dolorosa y nazarena  
del Camino del Calvario,  
y la callada tristeza  
del Descendimiento, y ese  
río de misericordia  
que en el Perdón se despeña.

Para merecer la Cruz,  
¡penitencia, penitencia!

Y la Oración que en el Huerto  
brota de la Santa Cena,  
y ese iris de las Siete  
palabras vivas y eternas,  
y el silencio del Yacente...

¡Todo el Vía-Crucis dirá  
penitencia, penitencia!

Y por la noche del miércoles,  
**LA PIEDAD**, túnicas negras,  
y los bordados silentes  
de cruces y de escaleras...

**Piedad** de santos hachones  
taladrando la tiniebla.

**Piedad** de la Quinta Angustia  
con su oleaje de estrellas.

**Piedad** del dolor que brota  
entre Sus manos abiertas.

**Piedad** de Cristo caído  
entre su Madre y la tierra.

**Piedad**, en la Cruz tejida  
por el amor, pena a pena,  
azucena que no sabe  
por qué su blancura tiembla  
cruzando Valladolid  
calle a calle, estrella a estrella,  
rezando con ese amor  
que de la gloria le llega:

Para merecer la Cruz,  
¡penitencia, penitencia!

## V. OLEO Y SILENCIO PARA LA MISERICORDIA

Una desembocadura de la Penitencia es el **silencio**. La mañana del  
jueves lo va disponiendo con su alegría. Va a ser posible la oración total.

El jueves es la plenitud del sacerdocio. La liturgia de la Iglesia toma del Antiguo Testamento la unción de los óleos. La misa Crismal, en el primero de los templos, tendrá solemnidades pontificales. Cruzada la doración media del día, la tarde ya no tendrá tregua en ninguno de los relojes. En la "Penitencia y Caridad", volverá la Piedad a levantar su ternura, Junto —ahora— a las dos palabras que se hacen alianza: Perdón y Sangre.

Todo el Jueves Santo está anunciado, litúrgicamente, en el "Salmo Responsal", donde se reitera la Misericordia con que cerrará la noche su tiempo procesional. Pero la Misericordia está anunciada por el versículo en que se dice: "Encontré a David, mi siervo, y lo he ungido con el óleo santo". Y se cruzan, por toda la subsidia las mismas palabras: misericordia, unión, misericordia, óleo... Lleno está el día de nombres prodigios de la lengua. Sólo con decirlos unitivamente se mide la grandeza de la solemnidad. Váis a tenerlos en las calles. Por un momento pueden proclamarse en su pura belleza increíble: **Perdón, Sangre, Piedad, Cruz, Amargura, Calvario, Silencio, Agonía, Entierro...** Se quiebra la palabra queriéndolos cantar y rodear de veneración.

En la Magdalena, la Penitencia y Caridad procesionadas, por la Sangre de Cristo, se hace perdón y piedad, como en el cántico famoso —¡quién no lo ha tenido alguna vez en los labios?— del "Dios mío". Estará junto al dolor humano —para el que la Redención fue hecha— en el Hospital de la Resurrección —todo un nombre esperanzador— y en Onésimo Redondo, una vida entregada, sin reservas alguna, en brazos de la Patria. Cuando vuelva, paso a paso, a la Magdalena, la mística, desde su travesía procesional en las esquinas, le dará los nombres que más cerca estuvieron de la prisa por alcanzar la vista de Dios: **Teresa y Juan de la Cruz.** "Mil gracias derramando", como la penitencia otorga, como la caridad entrega.

Grises sotanas, capirotos negros, hachones en las manos. Ráfagas granas de los cofrades de la Preciosísima Sangre. Ya sabéis. Aquel **Cristo de los Carboneros** al que seguirá **ese de Juni**. "**Sangre de Cristo, copa de salvación**", dirán los textos sagrados.

Empezará la noche en el Carmen, **Elevada la Cruz**, dolorosa la **Amargura** de la Virgen, el **Calvario** delante. Toda el alma de Francisco del Rincón en la Elevación Antigua, cimentadora, clave y apertura de las cofradías. Horizontal primero, diagonalizada luego, en alto después. Como si la Cruz al ser izada, moviera los ejes de la tierra, alguien dijo que: "Es un palo mayor de un bergantín divino".

La Cena no la interrupción del orden procesional de la Gracia. Una rúbrica del fruto redentivo. Epicentro eucarístico de todo el dolor y el amor. El óbolo modesto, allá en la primavera del año 40, la hizo posible. A dos años más, cuatrocientos cofrades, ímpetu en el arranque. Los ojos de Jesús se alzan en la elevación de Sí mismo consagrado, venerable, solemne, como la Misa Mayor de la Tierra. Luego la Hora Santa. Aroma de Sacramento, en las comuniones del Corpus, del Domingo de Ramos. Claridad zurbarán en las túnicas y capirotos blancos, cíngulos dorados. Será la fragancia y transparencia luminosa del jueves "que puede lo que no puede el Sol".

Por la Hermandad la efusión imborrable del Primado de España, aquel pregonero que hace veinte años dijera aquí que la imaginería de Berruguete, Juni, y Gregorio Fernández, surgía "por gubia y amor, como los árboles del bosque". Y esos dos nombres cumbres, escolleras gigantes, para abrazar la mar del Jueves Santo.

Si antes peregrinó la Promesa, ahora **peregrina el Silencio**, en el paso santísimo, porque la agonía santifica casi en ola de última perfección la vida. Un silencio a hombros. Mirad que no hay hipérbole verbal

alguna. El pregonero sólo enumera la hermosura que cada nombre tiene en sí.

**Silencio sobre los hombres. Silencio** desde Jesús Nazareno, su iglesia. Rumbo a la Catedral. Las primeras esquinas serán las de la calle Jesús. Bajo la hora inmediata de la medianoche, la estación. Estación de la **Agonía**. Y cuando se redonda la esfera del tiempo, cuando Valladolid esté en ese instante vacío de la **ninguna hora**, el **Santo Entierro** irá saliendo.

Por ese bello nombre —Poniente—, ¡qué crepúsculo itinerario!, que tiene su apertura en San Lorenzo, unción inmediata de la Patrona, y a su final, Los Cerros, como una **golgotización**, y en medio el Poniente, una vez **Plaza**, otra vez **Puente**, como para que al atardecer sosiegue o como para cruce, que las tardes castellanas de Valladolid tienen todavía rumbo lento, lubrican de toque de ánimas, de rosario, de campanillas acompañantes.

Luego en Pío X, ya sabéis, el Miserere de Santa Ana, Madre de la Virgen. La misericordia que se abrió en el Perdón y la Piedad, en el Dios mío, está ganada por el silencio que nos hizo ver la deslumbrante elevación de Cristo consagrado. Esa luz de jueves atrás, llama a la palabra; la armoniza, la trueca en poema, según la melodía medieval de la cuaderna viar, en la que insistente y armónica, la palabra tiene espora y fondo, puntal y velamen, para que esa certidumbre con que el **Jueves Santo** nos da la institución gracia del amor comulgable:

Mi palabra sea verso  
de nardo y de campana,  
aroma de oración  
que sube a la mañana,  
donde Valladolid

todo, al aire, campana,  
a sus óleos benditos  
levanta su diana.

Verso sea que repique  
la indecible alegría,  
que nos trae la blancura  
con que la Eucaristía,  
promete a la Tristeza,  
que su melancolía  
va a ser, súbitamente  
perpetuo mediodía.

La sangre preciosísima  
que de vida nos llena,  
la Piedad y el Perdón  
con que nos encadena,  
canten, mi verso, al aire  
bajo la luz serena,  
que en procesión se abre  
en María Magdalena.

Y florezca en el Carmen  
al pie de la Amargura  
procesionalmente y cante  
la bíblica ternura  
de esa Cruz que levanta  
su agónica estatura,  
clavando en el Calvario  
su trágica hermosura.

Mi verso transustancia  
su voz en azucena  
y su blanco encarcela  
la sombra de la Pena,  
donde Cristo celebra  
en su Sagrada Cena.

Cante el santo silencio  
que en la noche se alía  
al lirio nazareno  
en esa Cofradía  
que levanta en sus hombros  
la triste pena fría  
del sangrante y Santísimo  
Cristo de la Agonía.

Cante en la medianoche  
la luz que se nos muere,  
la descendida gloria  
que nuestra gloria quiere  
esa **misericordia**  
que a nuestra muerte hiere  
con las finas espadas  
del hondo **Miserere**.

¡Y arrodillado cante  
mi verso, a cielo abierto,  
que si el amor lo quiere  
pronto estará despierto,  
a ese Cristo que pasa  
como clavel desierto

en su Entierro Santísimo  
solemnemente muerto!

## VI. VIERNES SANTO, CRUZ Y ANGUSTIA

Todo el Viernes Santo crucifica, todo el viernes es Cruz. Cruz y Vía-Crucis. El himno litúrgico de la adoración, cuando sigue a la ternura de los "Improperios", estremece: "¿Qué te he hecho yo, pueblo mío? Y el himno canta, no pudiendo más, la Cruz, el árbol único en nobleza". La madera se deslumbra, ni la imagen puede ya con la conmemoración dramática de Cristo crucificado. A la madrugada, la Cofradía de las Angustias alumbrará su "Cristo en la Cruz" los pies tangentes a las flores granas, cuyo color y aromas se ha hecho para El. Todo el viernes de Valladolid, "cruz fidelis". La Santa Cruz desnuda de los **terceros** franciscanos. La **Vía-Crucis** venerable. ¡Qué más clamor de cruz que las siete palabras crucificadas?

Será **pregón** de Santiago al Palacio. Paloma de la Muerte irá llamando, en las esquinas y las plazas, a la contemplación recogida. A cada hombre en su más aguda intimidad. El verso en las alas de los Pablos, los Lázaros, los Pinos, poetas del Pregón. Ese pregón que Félix Antonio diría en su trina delicia emocional de su terceto:

"Que Jesús casi vivo y casi muerto  
está diciendo al mundo su mensaje  
en sus Siete Palabras de Agonía".

Viernes de la Cruz adorada. ¡Cómo va el hombre apretándola en su mano por la calle de cada día! Cruz, que a la hora de los ángeles, ¡Roma de las esferas!, será impresionante, desbordado, Sermón de las Siete Palabras, en esa asamblea magna de la Cruz, en Valladolid, ante el Cristo marginado en las cruces de los ladrones, claroscuros, entrevisión,

Cristo perdonando ante el arrepentimiento, misericordiendo a la soberbia, péndulo postrero de la vida, eje para los viernes santos de España.

Adorará Valladolid esa Cruz fiel en la Catedral, y al caer la tarde, en la hora primera de la noche, totalizará la **Pasión plena**, en una procesión —¿tendría yo que decirlo?— que todos sabéis es única en España. De la Cena a la Soledad, y por el medio, como en Machado el río, el agua de la redención, lenta, a fuego, a conmoción echada a rodar. Veinticinco pasos, sí. Veinticinco gigantes claveles por la calle, en la dulce delicadeza del crepúsculo. Veinticinco campanas vivas por el aire. ¿Qué podría cantar el pregonero —¡pobre de él!— ante ella? Cena y Huerto castellanos, sí. Columna bajo el arrepentimiento de las lágrimas de Pedro Apóstol y Papa. Ecce Homo, al que la artillería dará guardia reverente. Nazareno y Despojo. Todo el viernes Cruz y Pasión. Crucificado desfile. Los instrumentos y los oficios en la preparación de la Muerte. Clavos y martillos... Perdón y Exaltación, sí. Y las Siete Palabras con la misericordia en cada uno. El Perdón, la Maternidad, la Sed, el abandono en el Padre. Y la gran confesión del Calvario en el Buen Ladrón llevado, en ímpetu de gracia, al cielo.

Seguirá la compañía cofradiera vallisoletana. La Sangre Preciosa —¿quién se cansa de decir la bellísima palabra?— y la Piedad y la Vera-Cruz y el Yacente y el Sepulcro y las **Angustias**. ¿Cómo cantarlas a todas? ¿Verdad, Señor, que la palabra del hombre debiera tener, alguna vez, una infinita posibilidad comunicante? ¿Cómo sería, Señor, ese milagro de que tu Pasión pudiera ser un infinito manantial en la palabra mortal? ¡Pobre de mí! Pobre de la criatura toda. Pobre de las cosas creadas. Pobre de la luz.

Tú lo sabes bien, Angustias, increíble nombre, el más amado de Valladolid, porque en él están contenidos todos los nombres sufridores

de la Tierra. Tú lo sabes, ahí, en esa Soledad, recreo ascético de la mujer vallisoletana, mar gentil de la hermosura y la gentileza hechas adoración, tú lo sabes, Angustias, Soledad, bajo los trenos generosos de Delfín y Cantalapedra —¡por favor, asomaos a su obra!— frontispician en sus páginas cuando glosan tu presencia agonizante. Tú lo sabes, como por Ti lo supo Juan de Juni, que no es posible cantarte, derrumbada en tu carroza, al pie de la Cruz caída, rota, destruida, los ojos alzados al cielo, pidiendo estrellas a Dios para tu respiración final.

Tú sabes bien con qué amor te llevan a tu paso los **comisarios** y tus **mayordomos**, llena del dolor que ni en tu mismo corazón cabe. Y sabes que ni los cuchillos pudieron contigo y tuvieron que dejarte, porque tu gente cofradiera, quiso que toda fueras noche, boca celestial en redondo, fatiga irresistible, catástrofe que sólo la Cruz pueda levantar piadosamente.

Tú sabes, Angustias-Soledad, lo que te dice esa compañía, absorta, de todas las hermandades acercándose a Tí cuando vuelves a tu casa, porque no es concebible que puedan resistir tanto abandono.

Lo sabes. Y lo que dice esa Salve —última— que, como una red de consuelos, te llama y te nombra. “Esperanza nuestra”. Y que todo llanto es nada para el llanto que te estremece. ¿Miran tus ojos? ¿Qué ven, Virgen? ¿Qué alumbran ya en su noche Madre madrísima?:

La Cruz por Valladolid,  
a todo dolor, anuncia  
que está pasando el Amor  
muriéndose en las **Angustias**.  
Cruz, y solamente cruz,  
con santísima ternura,  
desde sus lamentaciones.  
Cristo nos mira y pregunta:

—¿qué te he hecho, pueblo mío?—  
y levantado en la Cruz,  
los Ojos al suelo cruza  
apoyado en los claveles  
que con su aroma le ayudan.

Los franciscanos **terceros**  
con la **Santa Cruz desnuda**,  
por el Paseo de Zorrilla,  
rumbo van a la penumbra  
de sagradio de Domingo  
de Guzmán, y allí le buscan  
en el Santo Sacramento  
por consolar su amargura.

Pregones a todo rumbo,  
alas de versos, anuncian,  
por Valladolid, las siete  
palabras santas y últimas.  
A la hora de los ángeles  
toda la ciudad se abrumba  
con el mensaje de Cristo,  
en las tres horas profundas  
que nos diera testimonio  
de una inmensidad augusta.

La Cruz por Valladolid,  
a todo dolor, anuncia,  
que está pasando el Amor  
muriéndose en las **Angustias**.

En la Catedral serán  
arzobispales las súplicas  
ante **el árbol de la Cruz**  
y La Pasión, plena y única,  
íntegra de penitencia,

Pisuerga de la Amargura,  
irá dejando su agua  
en la oración absoluta  
de la delicada atmósfera  
que a Valladolid circunda.  
El Arco Iris, sus siete  
colores abre y derrumba  
sobre los pasos por ver  
los de su bosque de túnicas  
desde el Blanco de la **Cena**  
al negro de las Angustias.

La Cruz, por Valladolid,  
a todo dolor, anuncia  
que está pasando el Amor  
muriéndose en las **Angustias.**

¡La gloria, desde la Cruz,  
todo lo mira y escucha  
con el amor infinito  
que a Cristo los ojos nubla!  
No puede cantar su llanto  
palabra mortal alguna,  
En la **Cena** y el **Huerto**  
la penitencia comulga.

Lágrimas van escoltando  
la dolorosa Columna...

La Cruz, por Valladolid,  
todo dolor, anuncia  
que está pasando el Amor  
muriéndose en las **Angustias**.

Al Ecce Homo le van,  
dando guardia, una a una,  
las estrellas artilleras  
que a las del dolor se suman.  
Con el Nazareno, un mar  
de morados y de púrpuras  
oleando las caídas  
de su calle de amargura.

La Cruz por Valladolid,  
a todo dolor, anuncia  
que está pasando el Amor  
muriéndose en las **Angustias**.

Y en el **Despojo** no habrá  
más consuelo y vestidura  
que los relumbres transidos  
de las brisas y las lunas,  
mientras los clavos irán  
agudizando sus puntas.  
**Perdón** será la palabra  
infinitamente pura  
que en la **Elevación** irá  
poniendo en pie la amargura,

mientras las **Siete Palabras**  
caerán sobre nuestra culpa.

La Cruz, por Valladolid,  
a todo dolor, anuncia,  
que está pasando el Amor  
muriéndose en las **Angustias**.

La **Preciosísima Sangre**  
su gloria nos asegura.  
La Cruz del **Descendimiento**  
piadosamente nos busca,  
que las Manos de María  
rezan en la **Quinta Angustia**.

La Cruz, por Valladolid,  
a todo dolor, anuncia,  
que está pasando el Amor  
muriéndose en las **Angustias**.

En la **Vera-Cruz**, la Virgen  
su pecho taladra y cruza  
con una espada de pena,  
mientras la Sábana Santa  
mueve al aire su blancura,  
y en el **Yacente**, los ojos,  
cierran su tristeza última.  
A la del **Santo Sepulcro**,  
la Virgen de las Angustias  
irá llorando su Muerte.

La Cruz por Valladolid,  
a todo dolor, anuncia,

que está pasando el Amor  
muriéndose en las **Angustias**.

Y cuando en la medianoche  
sea en los aires **angustias**,  
—¿cómo cantarles, Señora,  
si no hay palabra ninguna  
que pueda con su tristeza?—...  
Tú lo sabes bien Angustias,  
por tu Santísimo Nombre  
que a todo nombre clausura.

La Cruz por Valladolid,  
a todo dolor, anuncia,  
que está pasando el Amor,  
muriéndose en las **Angustias**.

¡Y lo supo **Juan de Juní**  
cuando te labraba, **Angustias**,  
y el cielo le oscurecía  
el poniente de la gubia!  
¡Y lo sabe el **cortejo**  
**femenino**, que, en penumbra,  
te va acompañando, a golpe,  
de avemarías, **Angustias!**  
Comisarios, mayordomos:  
¡qué bien vuestra fe le jura  
que vuestras manos serán  
**Patenas de las Angustias!**

La Cruz, por Valladolid,  
a todo dolor, anuncia,

que está pasando el Amor  
muriéndose en las **Angustias**.

Nadie puede sostenerla  
en la **Soledad** profunda,  
con que por su viernes santo,  
pasa, el cielo en la hermosura  
de sus ojos, y en la boca  
esa desembocadura  
de **los siete ríos** de muerte  
que corren a sus **Angustias**.

La Cruz, por Valladolid  
a todo dolor, anuncia,  
que está pasando el Amor  
muriéndose en las **Angustias**.

Ponientes entran y salen  
por su mano y su cintura,  
y suben a los dos soles  
de sus ojos y les nublan.  
Ya no queda ni un dolor  
que su corazón no sufra...  
¡De rodillas, el silencio  
le dice: **Angustias, Angustias!**

La Cruz, por Valladolid,  
a todo dolor, anuncia,  
que está pasando el Amor  
muriéndose en las **Angustias**.

## VII. ALELUYA A LOS PIES DE NUESTRA SEÑORA

Canta el pregonero la tregua de ese sábado inmerso en el misterio maravilloso de la Cruz. En ese reinado el Dolor que en la Vera-Cruz levanta la oración y en esa Vigilia Pascual con que la liturgia rompe la tinieblas del día. Los júbilos volverán a cubrir la desnudez de los altares. Es el regalo celeste de la Pascua florida. Ese hálito como de flor, como de sonrisa, que ya empieza a cruzar la tierra.

Canta el pregonero al Valladolid del domingo de Resurrección. La palabra se acerca al repique impaciente de las campanas. Zureo de pájaros al mediodía, de un celeste de Giotto. Luz pascual. Rito, se la llama. Cirios estellantes de gloria de la Iglesia. Trémolo el incienso, alhucemando la maravilla del salmo que dice: "Mi fuerza y mi poder es el Señor".

Ante la ciudad, el **Resucitado** y la **Alegría**. "De luces eternas coronadas" como en Fray Luis. De Santiago, la Resurrección. De San Benito, la Alegría. Y juntos, bandera de aleluya en Fuente Dorada, porque lo es la Resurrección misma. Precioso símbolo: **fuentes de oro manando** y el abrazo azul del **Besamanos a Nuestra Señora**. Vuelve a ella, Patrona de cada día, Valladolid, su alma, su finura, su salve, su cántico. A la Señora, que es "nuestra Esperanza". Tendrá la alegría entonces, un halo de ritmo, color de mies, de mar, de torre de David, de alianza.

No sé. Pero pienso que ahora, otra vez, están Valladolid y Cádiz cantando la misma fraterna gracia de las salves. Cielos y brisas **azulizadas**. Costa y llanura. A quienes hacen posible este milagro de la Semana Santa como instrumento del amor; a los conciertos sacros; al aire santo de esta tierra honra de las Españas, el pregonero, ofrenda sus palabras finales.

En ese Resucitado y esa Alegría por quienes, con el nuevo fuego eclesial y santo, quedó encendido el cirio de la Pascua florida: —“Oh, luz gozosa de la santa gloria inmortal”—. Hágase, una vez más, verso la palabra. Mírelos y les diga:

La Virgen de la Alegría  
vistiendo galas de gozo,  
vistiendo azul alborozo  
con que la campanería  
del Angelus de María  
a Gloria in Excelsis suena,  
que ha dado jaque a la Pena  
el Sol del Resucitado,  
y su vuelo ha levantado  
en asombro a la Azucena.

En asombro, la Azucena,  
ha levantado su vuelo.  
De los júbilos del Cielo  
toda criatura se llena.  
Ya es más dorada la arena  
del Mar, y las Tres Marías,  
cantan por marinerías,  
Salves a **Nuestra Señora  
de San Lorenzo**, que ahora  
está estrenando alegrías.

Estrellas. Cantad. Seguid  
vuestro celeste camino,  
que la Tierra es un divino  
mar de aleluya. Y oíd,

como están Valladolid  
y Cádiz, cantando ahora,  
esa alegrísima aurora  
que ha descendido a sus manos,  
¡para unirlos, como hermanos,  
al pie de Nuestra Señora!

